

Chantero

Yo tenía un japonés. Un ojito rojo, raro, hermoso. Era mi chantero de la suerte. Se lo había ganado al Pájaro en un gallito, acá a la vuelta, donde nos juntábamos a jugar a las bolitas, en el campito. Mi gran virtud era la de hacer opi antes que nadie en los gallitos, porque al hoyo lo hacían con un bolón y yo tenía un chantero —hasta ese momento— que era más chiquito que una bolita común, tipo pini-na, entonces se me hacía mucho más fácil de embocar en el hoyito. El japonés rojo había sido la apuesta del Pájaro en ese juego y yo se lo gané. Fue mi conquista más difícil y rara.

Lo partí en dos cuando, desde casi un metro, desparramé —y me gané— la parada con cuatro porcelanas. Pero fue un mal negocio haber partido ese japonés para ganar tres porcelanas de mierda, hermosas pero comunes, que no se podían comparar con el chan-

tero. Incluso podría haberlas ganado en cualquier otra parada, sin arriesgar mi japonés. Pero fue tan preciso el golpe en el centro de la pirámide, justo en el huequito que queda al medio, que no dejé rastro en el triángulo. Una de las porcelanas se fue lejos, hasta donde estaba el Pula mirando la partida. Yo vi cuando el Pula la pisó y de a poquito se hizo el boludo y se la fue acomodando entre los dedos de los pies, desplegándolos como gato que se está desperezando y enseguida los apretó con fuerza para acovachar la porcelana ahí, entre las yemas curtidas y la planta ajada del pie. Todos levantamos la mirada para ver la de él. El Pula, en cambio, siguió prestando atención a lo que pasaba en el piso, se refregó la nariz en la manga del buzo dejando una raya de moco, aspiró el resto y se clavó en la boca —como si fuera un protector bucal— el último gajo que le quedaba de una mandarina grande y madura. Bajamos la vista rápido y seguimos jugando como si no hubiera pasado nada. Nadie le reclamaba nada al Pula. Él tenía una porcelana y yo tres, era justo. Él tenía diez y nosotros ocho. Con eso bastaba.

Detrás del Pula, como remarcándole la silueta poderosa que tenía, me di cuenta de que en el sol pleno de la tarde brillaba una

lucecita. Pensé que era el espejito de un auto o una chapita donde rebotaba el sol. Me encandilaba. Era un rayito de luz que cegaba. Yo estaba a punto de tirar, de hacerme del botín que tenía ahí tan fácil, a una cuarta de distancia. Era solo coquearlo, rasparlo apenas y sería mío. Pero tenía el reflejo de esa luz en los ojos y me hacía temblar las manos, las piernas, me desconcentraba al punto de ponerle dramatismo y suspenso al tiro. Al Pájaro ya lo había pelunchado. Ahora el Tu Sam, con la vista atenta y agónica, miraba cómo iba a perder su apuesta, pero nunca vio esa luz brillante que venía de atrás del Pula y me encandilaba. Ni el Tu Sam, ni el Pájaro, ni el Pula, solo a mis ojos estaba destinado el rayito, nadie más notaba la incandescencia. Entonces ese día pasaron dos cosas: que par-tí en dos el japonés rojo, por la fuerza que le puse al tiro, y que lo hice iluminado por esa luz que se llamaba así: Amparito.

De esta forma llegaron a mi vida al mismo tiempo Amparito y la duplicación mágica del japonesito chantero, que así como llegó también dejó las canchas, en su ley, partido al medio.

La noche que Amparito se subió al cole

para irse a Buenos Aires le di una mitad del japonés partido. Parecería una pavada, pero lo hice porque creí que era el único acto de amor posible frente a tanta ruptura junta. Tal vez así ella pudiera unir las partes de aquello que de alguna forma se magnetizaba, intentaba juntarse, atraerse y aún no lo lograba. El Pula, Tu Sam y yo le hicimos el saludo ritual y nos quedamos ahí sentados con el porrón entibiándose en el cordón de la dársena de la terminal. Por un largo rato ninguno dijo nada, nos pasábamos la botella, le pegábamos un trago y la volvíamos a dejar sobre el asfalto caliente. El Pula y Tu Sam quedaron un poco aturcidos, como idos, sin querer asumir que ese día había llegado y que si no era ella la que se subía al colectivo seguro hubiera sido alguno de nosotros. Mucho para hacer después del secundario acá no hay. Yo no tuve ese aturdimiento extremo que dejó a los otros dos flotando en un limbo. Me bajoneó la idea de no volver a verla y traté de minimizarlo repitiéndome “así es la vida, hermano”. Después de estar un rato bajo esa nube que nos llovía sobre la cabeza, el Tu Sam dijo lo más coherente que escuché esa noche: “¿Vamos a la mierda?” Y entonces nos paramos, sin mirarnos ni saludarnos,

nos sacudimos el culo de esos jeans rotos en las rodillas y agarramos cada uno por su vereda. Caminé mirando los detalles de la mitad del japonés que me había quedado. Ese color rojo único, que tanto me gustaba e inquietaba, sacaba de mí algo desconocido.

La otra mitad ya la tenía Amparito y estaba cada vez más lejos. Pero parecería que esta parte que me quedé todavía intentaba atraer su otra mitad recién perdida, porque recorrí calles mirando hasta el cansancio los detalles de sus labios, su color rojo único, sus formas lisas y filosas, y cuando alcé la vista descubrí que había caminado en círculo y había vuelto a la terminal, al punto exacto donde se habían separado las mitades del japonés. Eso me convenció de que esa atracción tan fuerte algún día las volvería a juntar. Me quedé sentado en el cordón del andén por casi dos horas, tal vez más. Hacía un calor terrible y enero transpiraba en todas partes.